

**córdoba: mirada  
al teatro español**

**A**NTES de volver a comentar los estrenos madrileños, he de dedicar otra de las columnas teatrales de TRIUNFO a las Conversaciones Nacionales de Córdoba, a mi modo de ver poco aireadas en la prensa española. En el número anterior transcribía el texto íntegro de la Declaración final, suscrita por un amplio e indiscriminado sector de la vida teatral española, y, por ello mismo, un documento de gran valor. Es decir, no como texto "crítico" riguroso y orgánico, formulado por una u otra persona, por uno u otro grupo, sino como plataforma común y suficiente de trabajo.

Toda la declaración parte de una previa consideración esencial: el teatro es un fenómeno cultural y social. Un arte de integración y debate políticos. Una expresión de la "totalidad" social. Una participación comunitaria. Lo cual no quita, naturalmente, que el escritor sea un individuo aislado y que sea a través de su talento y de su experiencia por donde alcancen voz los problemas y dramas de su colectividad. Visto así, el teatro es una especie de bien público, una vía de revelaciones, que urge estimular y promover como uno más de los derechos y obligaciones que ligan a los que gobiernan con los gobernados.

Si reflexionar previamente sobre esta cuestión, no hay forma de llevar adelante ningún debate. Para quienes entienden el teatro de otro modo, las ideas que se derivan habrán de ser otras. Si hablamos de las catorce funciones por semana, de los Festivales de España, de nuestras Escuelas de Arte Dramático, de las obras que nos interesan o nos fastidian, de los empresarios, de los públicos, de la muerte del teatro en la mayor parte del país, de la responsabilidad de los que hacen teatro, o de cualquier otra cuestión, siempre existirá una armonía, una posibilidad de diálogo, o un enfrentamiento radical, según partamos o no de una idéntica concepción sobre lo que el teatro es. O, si se quiere, de cómo debería plantearse para que fuese respondiendo progresivamente a su función.

Quizá, todavía, aun antes de esa toma de conciencia sobre lo que el teatro es, exista otra de tipo ético más general. Me refiero a nuestras ideas de solidaridad en el disfrute de bienes —y, por tanto, también en el disfrute del teatro— con los demás hombres.

En Córdoba, cuando pugnábamos por estructurar las conclusiones, resultó todo sencillísimo una vez se discutió y aceptó el principio. Dado que entendemos que el teatro es expresión cultural de un pueblo, resulta claro que a ello se oponen tales y tales limitaciones, y que procede, en principio, intentar tales y tales avances. Inútil, pues, discutir separadamente los puntos. Inútil hablar aisladamente de cualquiera de los aspectos de la vida teatral, si previamente no abordamos el supuesto político y cultural que le antecede. Para unos puede resultar un derroche de beneficencia lo que para los otros no es nada, o casi nada.

En el fondo, digámoslo, subyace el problema de la "socialización". O el de la evolución histórica, que ha roto al fin la antigua y torpe identificación de burguesía con humanidad, de derechos del hombre con derechos del burgués, de arte y necesidades de un país con arte y necesidades de un sector del mismo. Hoy, la sociedad —y la actividad desplegada en el mundo por los que se oponen a ello, es la prueba concluyente— busca nuevas formas, nuevas integraciones y unidades, nuevos equilibrios que den a más hombres "un sitio al sol", según suele decirse. Y el teatro, como arte que se dirige a una colectividad y se levanta delante de un público, es, sin duda, un elemento implicado en el proceso.

Si aceptamos que el teatro es un "bien público", un factor de la evolución y progreso social, todo lo demás viene por añadidura. En seguida se advierte la contradicción de que sean los empresarios privados quienes decidan lo que ha de estrenarse, y su economía particular la que "soporte" la presencia de obras socialmente necesarias. O el absurdo de que muchos teatros municipales se subasten para sacar fondos con destino a instituciones benéficas. O la concentración en Madrid de los tres teatros nacionales. Y tantas y tantas cosas.

Y no se trata, claro, de fórmulas. De pensar que el teatro tenga que hacerlo el Estado. De que no quepan planificaciones distintas de esa si irrenunciable necesidad: que el teatro ha de tener como destinatario y como inspirador a toda la sociedad española.

J.M.



si uno  
es bueno...  
el otro  
es  
mejor!

**SOLO  
GARVEY  
SUPERA A  
GARVEY**



GARVEY  
BODEGAS DE SAN PATRICIO  
JEREZ